

COLECCIÓN APENINOS, 12
SOMBRA Y REVOLUCIÓN

Título: *Sombra y Revolución. Variaciones sobre el naturalista Domenico Cirillo.*

© José Vicente Quirante Rives

© Confluencias, 2018

www.editorialconfluencias.com

Diseño y producción: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Corrección ortotipográfica: José Miguel Parra

Revisión y coordinación editorial: María del Mar Domínguez Álvarez

Impreso en ESCOBAR IMPRESORES, Almería, España

ISBN: 978-84-948202-6-7

Depósito legal: AL 1087-2018

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

JOSÉ VICENTE
QUIRANTE RIVES

SOMBRA
y
REVOLUCIÓN

VARIACIONES SOBRE EL NATURALISTA
DOMENICO CIRILLO



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

<i>Caterina Capasso</i>	15
I	21
<i>Grunilda</i>	25
II	29
<i>Santolo Cirillo</i>	33
III	41
<i>Francesco Serao</i>	45
IV	51
<i>Carl Linnaeus</i>	53
V	61
<i>John Symonds</i>	67
VI	73
<i>Lady Walpole</i>	75

VII	81
<i>Ferdinando Galiani</i>	83
VIII	89
<i>Sieur Thomas</i>	91
IX	97
<i>Baron de Holbach</i>	99
X	107
<i>John Pringle</i>	109
XI	117
<i>William Hunter</i>	119
XII	125
<i>Alberto Fortis</i>	127
XIII	133
<i>Charles Burney</i>	135
XIV	143
<i>Hivi-Kiou</i>	145
XV	151
<i>Angelica Kauffman</i>	153
XVI	159
<i>Nicola Pacifico</i>	161
XVII	167
<i>René de Girardin</i>	169
XVIII	175
<i>Friederich Münter</i>	179

XIX	185
<i>James Edward Smith</i>	187
XX	193
<i>Johann Wolfgang Goethe</i>	199
XXI	205
<i>Fernando IV</i>	207
XXII	211
<i>Saverio Landolina</i>	213
XXIII	219
<i>Giuseppe Saverio Poli</i>	221
XXIV	227
<i>Cesare Paribelli</i>	233
XXV	241
<i>Lady Hamilton</i>	245
XXVI	251
<i>Domenico Cotugno</i>	253
XXVII	259
<i>Gaetano Nicodemo</i>	265
XXVIII	271
<i>Giambattista Bodoni</i>	275
XXIX	281
<i>Mary Berry</i>	283
XXX	289

A Giuseppe Montesano

*En la vida todo es metamorfosis,
desde las plantas y los animales
hasta el ser humano*

Goethe

Partir tu pan con el hambriento

Isaías 58, 7

Caterina Capasso, strada Fossi a Pontenuovo, Nápoles

13 de junio de 1799

— **M**aldito Domenico.
—No diga eso madre.
—Ojalá no hubiera nacido.

Las dos mujeres se adentran apresuradamente por las callejuelas del Bùvero. Hace calor, pero la anciana va embozada por la vergüenza y el miedo para que no la reconozcan. La hija se topa al doblar una esquina con una rata enorme y suelta un grito. Caterina tira de su brazo para que no se detenga, no hay tiempo que perder, una distracción y las prenderán también a ellas. La anciana ha fantaseado durante meses con las cárceles napolitanas, y el espanto y el asco la llevan en volandas por la pegajosa noche de junio, a pesar de su artrosis galopante, en busca de un refugio seguro. Los leales al rey llegan desde el sur para acabar con la república. «Le dije que terminaría mal, se lo dije cien veces, maldito sea.» Las imágenes del saqueo acuden a sus cabezas, los descamisados salvajes vociferando

en el patio de casa, los ojos desorbitados y los dientes afilados cuando suben de tres en tres los peldaños de la escalera principal para destruir lo que llevó una vida reunir. Las dos mujeres escaparon por el jardín con los camisones que vestían cuando oyeron el alboroto en la calle y los primeros golpes en el portón de casa. «Vamos donde Francesca.» No tenían muchas más opciones a esas horas. Les parece que tarda una eternidad en abrir, reconoce de inmediato a Caterina y a su hija a pesar de la poca luz y las hace pasar sin preguntar. Atranca la puerta y entran en la alcoba, donde la hija se derrumba sobre el jergón mientras Caterina agarra a Francesca por los hombros.

—Han entrado en casa, esos perros de los *sanfedistas*, se lo van a llevar todo, venimos con lo puesto, no tuvimos tiempo de coger nada —esconde una bolsa repleta de ducados de oro en el pecho—, subían ya por la escalera.

Ve la estampa en el espejo que hay encima de la cómoda.

—Protégenos tú, san Antonio —se lanza a besar la estampa, la besa con frenesí una, diez veces—, el cagón de san Jenaro se ha vendido a los franceses y sólo nos quedas tú. San Antonio bendito, concédeme la gracia de no pisar la mazmorra del cocodrilo y no te faltarán velones en la iglesia.

La amiga les trae una jarra de agua fresca y madre e hija apuran sus vasos de un trago, con idéntico movimiento. La vieja tiene la mirada concentrada, para adentro, piensa todo lo rápido que puede.

—¿Es por Domenico?

—¿Por quién va a ser? Por Domenico, claro, por el traidor, por el médico que entraba cuando quería al Palacio Real y que trabajó para los bastardos franceses sin escuchar los consejos de su pobre madre, que tanto se ha sacrificado por él.

Francesca asiente horrorizada y la madre se enva-lentona con esa espectadora que la invita a expulsar su inquietud.

—Conocían nuestra casa, vestía tan bien que pensaron que tenía dinero y se han venido derechos en cuanto han entrado en la ciudad. Pues ahora que ese *cara amarilla* proteja a los franchutes y a los napolitanos que los siguieron, ¡porque se los van a comer vivos!

Las tropas del cardenal Ruffo subieron desde Calabria, encontraron a su paso poca resistencia y menos alimentos, y con cada árbol de la libertad que desmochaban aumentaba su deseo de golpear. Asaltaron Catanzaro, Crotona, Cosenza, galopaban enfervorizados, cada milla más fuertes con su bandera blanca y roja al viento, libertad de botín, ya casi podían oler la capital, robar, violar, comer y beber a manos llenas aprovechando la confusión universal.

—Que san Antonio nos proteja, nada les detendrá. Los vi desde mi ventana antes de bajar al jardín, las antorchas iluminaban sus caras deformes, son animales hambrientos, ¿cuándo terminará todo esto? ¡San Antonio, llévame contigo!

Se echa en brazos de Francesca, sabe que han estado a punto de morir, o de algo peor. Porque Caterina

piensa en algo peor que la muerte, al menos para ella: la humillación. Ahora que los legítimos dueños del reino, sus antiguos amigos, vuelven llenos de rencor para recuperar lo suyo y aniquilar a los que se han atrevido a cuestionar el orden natural, esos jacobinos que se echaron en brazos de los franceses como si Nápoles fuera París, como si los napolitanos fueran franceses, esos bastardos sin temor de Dios. Ahora verán esos franceses y napolitanos estúpidos lo que de verdad es Nápoles, ¡tan distinta a la que soñaron!

—Le dije que los franceses sólo venían a buscar dinero para sus guerras y que luego se marcharían, y que si el rey era malo por lo menos era nuestro, y con lo nuestro teníamos que salir adelante, no con las ideas de forasteros que no han pisado esta tierra; pero él estaba lleno de esas ideas y me decía que estaba engañada, que un día vería la luz ¡la luz, decía el pobre diablo!

Como si la historia se hubiera mostrado alguna vez piadosa con las buenas intenciones, ahora la sufrirán en sus carnes, el fuego candente listo para marcar la señal del castigo en su cuerpo y oírlos gritar, no tanto para que delaten a sus compinches sino únicamente por el placer de oírlos chillar de dolor, como puercos durante la matanza, sólo eso aplacará a sus verdugos ofendidos. Muy atrevidos fueron al pensar que era tan fácil cambiar Nápoles. Ahora pagarán por ello. Pagarán con sus bienes, después con su vida. No quedará rastro de ellos, se borrará su memoria y triunfará el orden. No habrá gracia para quienes se creyeron mejor que Dios. Caterina se

encontró esa misma mañana al salir de misa con un vecino de Grumo que le contó espantado los crímenes de los *sanfedistas* en su pueblo. Habían saqueado la casa familiar, apilaron muebles y libros delante de la iglesia y encendieron un fuego que se levantó violento mientras bailaban una tarantela histérica a su alrededor.

—Mañana estarán en Nápoles, señora.

Han llegado antes, empujados por las ganas de hincar su cuchillo grasiento en esa piel tan blanca de los remilgados jacobinos que se hacen llamar patriotas. Pero esos no conocen su patria. No la conocen. Mi pobre hijo menos que nadie.

—¿Dónde estás Domenico?

Y con esa pregunta que la llena de congoja acuden las imágenes de la infancia de su hijo en Grumo, los primeros años titubeantes pero llenos de ilusión, el ascenso fatigoso hasta hacerse un nombre y luego la caída que ella quiso evitar. Pero ya no conoce a Domenico.

I

El primer verano después de la catástrofe. Antes de recoger la maleta de la cinta transportadora, el investigador se fija en un cartel con una vieja imagen publicitaria de la isla. Palmeras en una playa desteñida. Una turista alemana coge por equivocación la maleta del investigador.

—Esa maleta es mía, señora.

El investigador no entiende su respuesta y los dos forcejean hasta que el acompañante de la alemana acude en su ayuda y de un tirón consigue que la maleta salga volando y se abra al golpear la siguiente cinta transportadora. Los turistas que esperan en el aeropuerto griego pueden ver que el investigador lleva poca ropa y muchas pastillas. También se desparrraman por la sala unas cuantas películas y un libro azul de tapa dura con los discursos sagrados de Elio Aristides. La turista y su acompañante se alejan sin disculpase mientras el investigador respira hondo y

rehace su maleta con paciencia. Luego se aferra a su sueño, dispuesto a que nadie se lo arrebate, y coge un taxi hasta el hotel. El conductor es un lugareño jovial y locuaz.

—Vienen pocos españoles por aquí. Italianos sí. Y muchos alemanes.

—Ya.

Desde el balcón de su habitación puede ver las luces de Halicarnaso. Consulta el mapa de la isla pero está cansado, así que abre la ventana para escuchar las olas y se queda dormido. Sueña que ya ha estado en la isla. A la mañana siguiente otro taxi le lleva hasta el santuario de Asclepio por una carretera que se estrecha hasta convertirse en una pista de tierra flanqueada por cipreses. Al investigador le extraña encontrar cipreses, prefiere los pinos. En un campo cercado un niño desnudo ordeña dos cabras, una blanca y otra negra. Pide un zumo de naranja en el bar que encuentra junto a la taquilla del santuario. Las naranjas son grandes y tentadoras.

—No le ponga azúcar, por favor.

Se imagina el templo otra vez mientras apura su zumo. El investigador sabe que imaginar las cosas puede ser mejor que enfrentarse a la realidad. Que una parte decisiva del viaje es vivirlo en su cabeza. Pero también siente que nada puede sustituir el contacto con las cosas. Los preparativos del viaje le dan cada año más pereza, como si su cuerpo fuera entumeciéndose, siempre más reacio al movimiento. Consigue todavía imponer su voluntad, no olvidar la

conmoción que surge a veces en un territorio desconocido, la cabeza a mil con estímulos nuevos, el pecho que se abre, los versos que acuden naturalmente a su mente y esa serenidad que raramente siente en casa, la comunión con el mundo que acontece cuando reúne las fuerzas para huir. Recuerda eso cuando se siente postrado y le viene a la memoria un calendario colgado en la pared de la oficina del almacén con esas tres letras, COS, el nombre deformado de su pueblo que no sabe entonces que también es el nombre de una isla griega en el otro extremo del Mediterráneo. Ahora sabe que es una isla sagrada donde nació la medicina. Y durante el último año ha estudiado varios libros de arqueología sobre los restos de uno de los mayores santuarios dedicados a Asclepio, el héroe divinizado cuyo culto se difundió por todo el mar civilizado porque los hombres enferman y necesitan buscar una cura que les devuelva el equilibrio perdido. El santuario de Cos era inviolable, su área gozaba de inmunidad y por eso estaba protegido de ataques y rapiñas. Cientos de templos surgieron en las colonias, las nuevas ciudades que los griegos errabundos fundaban en las ensenadas amables a lo largo y ancho del Mediterráneo. Y miles de enfermos subieron a las naves cóncavas en busca de una sanación que les permitiera seguir viviendo. El dios sanador con su serpiente se les aparecía en sueños.

Compra la entrada y empuja un torno para situarse ante las terrazas imponentes que ascienden hasta el bosque donde se encuentran los restos del templo.

El sol aún no está en lo alto pero la luz inunda el paraje y las cigarras rasgan frenéticas sus élitros. La luz es tan penetrante que el investigador duda de su visión. Se ha decidido por esa isla griega porque es el origen. ¿O es el amor, el origen?